



ДОНСКОЙ ГОСУДАРСТВЕННЫЙ ТЕХНИЧЕСКИЙ УНИВЕРСИТЕТ
УПРАВЛЕНИЕ ДИСТАНЦИОННОГО ОБУЧЕНИЯ И ПОВЫШЕНИЯ
КВАЛИФИКАЦИИ

Кафедра «Научно-технический перевод и профессиональная
коммуникация»

УЧЕБНО-МЕТОДИЧЕСКОЕ ПОСОБИЕ

по дисциплине

«Практический курс перевода II-го иностранного языка (испанский)»

Автор

Даллакян О.Г.

Ростов-на-Дону, 2016



Аннотация

Методические указания предназначены для студентов очной формы обучения направления 45.05.01 «Перевод и переводоведение».

Автор

к.ф.н., доцент кафедры «НТПиПК»
Даллакян О.Г.



1. Traducir un fragmento de *La ciudad y los perros* de Mario Vargas Llosa:

—CUATRO —dijo el Jaguar.

Los rostros se suavizaron en el resplandor vacilante que el globo de luz difundía por el recinto, a través de escasas partículas limpias de vidrio: el peligro había desaparecido para todos, salvo para Porfirio Cava. Los dados estaban quietos, marcaban tres y uno, su blancura contrastaba con el suelo sucio.

—Cuatro —repitió el Jaguar—. ¿Quién?

—Yo —murmuró Cava—. Dije cuatro.

—Apúrate —replicó el Jaguar—. Ya sabes, el segundo de la izquierda.

Cava sintió frío. Los baños estaban al fondo de las cuadras, separados de ellas por una delgada puerta de madera, y no tenían ventanas. En años anteriores, el invierno sólo llegaba al dormitorio de los cadetes, colándose por los vidrios rotos y las rendijas; pero este año era agresivo y casi ningún rincón del colegio se libraba del viento, que, en las noches, conseguía penetrar hasta en los baños, disipar la hediondez acumulada durante el día y destruir su atmósfera tibia. Pero Cava había nacido y vivido en la sierra, estaba acostumbrado al invierno: era el miedo lo que erizaba su piel.

—¿Se acabó? ¿Puedo irme a dormir? —dijo Boa: un cuerpo y una voz desmesurados, un plumero de pelos grasientos que corona una cabeza prominente, un rostro diminuto de ojos hundidos por el sueño. Tenía la boca abierta, del labio inferior adelantado colgaba una hebra de tabaco. El Jaguar se había vuelto a mirarlo.

—Entro de imaginaria a la una —dijo Boa—. Quisiera dormir algo.

—Váyanse —dijo el Jaguar—. Los despertaré a las cinco.

Boa y Rulos salieron. Uno de ellos tropezó al cruzar el umbral y maldijo.

—Apenas regreses, me despiertas —ordenó el Jaguar—. No te demores mucho. Van a ser las doce.

—Sí —dijo Cava. Su rostro, por lo común impenetrable, parecía fatigado—. Voy a vestirme.

Salieron del baño. La cuadra estaba a oscuras, pero Cava no necesitaba ver para orientarse entre las dos columnas de literas; conocía de memoria ese recinto estirado y alto. Lo colmaba ahora una serenidad silenciosa, alterada instantáneamente por ronquidos o murmullos. Llegó a su cama, la segunda de la derecha, la de abajo, a un metro de la entrada. Mientras sacaba a tuestas del ropero el

pantalón, la camisa caqui y los botines, sentía junto a su rostro el aliento teñido de tabaco de Vallano, que

dormía en la litera superior. Distinguió en la oscuridad la doble hilera de dientes grandes y blanquísimos del negro y pensó en un roedor. Sin bulla, lentamente, se despojó del pijama de franela azul y se vistió. Echó sobre sus hombros el sacón de paño. Luego, pisando despacio porque los botines crujían, caminó hasta la litera del Jaguar, que estaba al otro extremo de la cuadra, junto al baño.

—Jaguar.

—Sí. Toma.

Cava alargó la mano, tocó dos objetos fríos, uno de ellos áspero. Conservó en la mano la linterna, guardó la lima en el bolsillo del sacón.

—¿Quiénes son los imaginarias? —preguntó Cava.

—El poeta y yo.

—¿Tú?

—Me reemplaza el Esclavo.

—¿Y en las otras secciones?

—¿Tienes miedo?

2. Traducir un fragmento de *La ciudad y los perros* de Mario Vargas Llosa:

La puerta de la sacristía estaba abierta y el Jaguar divisaba, tras la cabeza calva del cura, un trozo de pared de la iglesia: los exvotos de plata resaltaban en el enlucido sucio y con cicatrices. El cura tenía los brazos cruzados sobre el pecho, sus manos se calentaban bajo las axilas como en un nido; sus ojos eran pícaros y bondadosos. Teresa estaba junto al Jaguar, la boca ansiosa, «los ojos atemorizados. De pronto, sollozó.

-iMe dio una cólera cuando la vi llorando! -dijo el Jaguar". Lo agarré al cura por el pescuezo.

-iNo! -dijo el flaco-. ¿Del pescuezo?

-Sí -dijo el Jaguar-. Se le salían los ojos del ahogo.

-¿Sabes cuánto cuesta? -dijo el cura, frotándose el cuello.

-Gracias, padre -dijo Teresa-. Muchísimas gracias, padrecito.

-¿Cuánto? -dijo el Jaguar.

-¿Cuánto tienes? -preguntó el cura.

-Trescientos soles -dijo el Jaguar.

-La mitad - dijo el cura - No para mí, para mis_ pobres.

-Y nos casó -dijo el Jaguar-. Se portó bien. Compró una botella de vino con su plata y nos la tomamos en la sacristía: Teresa

se mareó un poco.

-¿Y la tía? -dijo el flaco- Háblame de ella, por lo que más quieras.

-Regresamos a Lima al día siguiente y fuimos a verla. Le dije que nos habíamos casado y le mostré el papel que nos dio el cura. Entonces me lanzó la cachetada. Teresa se enfureció y le dijo eres una egoísta y una tal por cual, Al fin, terminaron llorando las dos. La vieja decía que la íbamos a abandonar y que se iba a morir como un perro. Le prometí que viviría con nosotros. Entonces se calmó y llamó a los vecinos y dijo que había que celebrar la boda. No es mala gente, un poco renegona, pero no se mete conmigo.

-Yo no podría vivir con una vieja -dijo el flaco Higueras, súbitamente desinteresado de la historia del Jaguar. Cuando era chico vivía con mi abuela, que estaba loca. Se pasaba el día hablando sola y persiguiendo unas gallinas que no existían. Me asustaba. Vez que veo a una vieja me acuerdo de mi abuela. No podría vivir con una vieja, todas son un, poco locas.

-¿Qué vas a hacer ahora? -dijo el Jaguar.

-¿Yo? -dijo el flaco Higueras, sorprendido-. No sé. Por lo pronto, emborracharme. Después, ya se verá. Quiero pasearme un poco. Hace tiempo que no veo la calle.

-Si quieres -dijo el Jaguar-, ven a mi casa. Mientras tanto.

-Gracias -dijo el flaco Higueras, riendo-. Pero pensándolo bien, me parece que no. Ya te dije que no puedo vivir con viejas. Y además tu mujer me debe odiar. Mejor que ni sepa que he salido. Algún día te iré a buscar a la agencia donde trabajas para que nos tomemos unas copas. A mí me encanta conversar con los amigos. Pero no podremos vernos con frecuencia; tú te has vuelto un hombre serio y yo no me junto con hombres serios.

-¿Vas a seguir en lo mismo? -dijo el Jaguar.

-¿Quieres decir robando? -El flaco Higueras hizo una mueca-. Supongo que sí. ¿Sabes por qué? Porque la cabra tira al monte, como decía el Culepe. Por ahora me convendría salir de Lima.

-Yo soy tu amigo -dijo el Jaguar-. Avisame si puedo ayudarte en algo.

-Sí puedes -dijo el flaco-. Págame estas copas. No tengo ni un cobre.

3. Traducir un fragmento de *La familia de Pascual Duarte* de Camilo José Cela:

Señor don Joaquín Barrera López.

Mérida.

Muy señor mío:

Usted me dispensará de que le envíe este largo relato en compañía de esta carta, también larga para lo que es, pero como resulta que de los amigos de don Jesús González de la Riva (que Dios haya perdonado, como a buen seguro él me perdonó a mí) es usted el único del que guardo memoria de las señas, a usted quiero dirigirlo por librarme de su compañía, que me quema sólo de pensar que haya podido escribirlo, y para evitar el que lo tire en un momento de tristeza, de los que Dios quiere darme muchos por estas fechas, y prive de esa manera a algunos de aprender lo que yo no he sabido hasta que ha sido ya demasiado tarde.

Voy a explicarme un poco. Como desgraciadamente no se me oculta que mi recuerdo más ha de tener de maldito que de cosa alguna, y como quiero descargar, en lo que pueda, mi conciencia con esta pública confesión, que no es poca penitencia, es por lo que me he inclinado a relatar algo de lo que me acuerdo de mi vida. Nunca fue la memoria mi punto fuerte, y sé que es muy probable que me haya olvidado de muchas cosas incluso interesantes, pero a pesar de ello me he metido a contar aquella parte que no quiso borrármese de la cabeza y que la mano no se resistió a trazar sobre el papel, porque otra parte hubo que al intentar contarla sentía tan grandes arcadas en el alma que preferí callármela y ahora olvidarla. Al empezar a escribir esta especie de memorias me daba buena cuenta de que algo habría en mi vida -mi muerte, que Dios quiera abreviar- que en modo alguno podría yo contar; mucho me dio que cavilar este asuntillo y, por la poca vida que me queda, podría jurarle que en más de una ocasión pensé desfallecer cuando la inteligencia no me esclarecía dónde debía poner punto final. Pensé que lo mejor sería empezar y dejar el desenlace para cuando Dios quisiera dejarme de la mano, y así lo hice; hoy, que parece que ya estoy aburrido de todos los cientos de hojas que llené con mi palabrería, suspendo definitivamente el seguir escribiendo para dejar a su imaginación la reconstrucción de lo que me quede todavía de vida, reconstrucción que no ha de serle difícil, porque, a más de ser poco seguramente, entre estas cuatro paredes no creo que grandes nuevas cosas me hayan de suceder.

Me atosigaba, al empezar a redactar lo que le envío, la idea de que por aquellas fechas ya alguien sabía si había de llegar al fin de mi relato, o dónde habría de cortar si el tiempo que he gastado hubiera ido mal medido y esa seguridad de que mis actos habían de ser, a la fuerza, trazados sobre surcos ya previstos, era algo que me sacaba

Практический курс перевода II-го иностранного языка (испанский)

de quicio. Hoy, más cerca ya de la otra vida, estoy más resignado. Que Dios se haya dignado darme su perdón.

Noto cierto descanso después de haber relatado todo lo que pasé, y hay momentos en que hasta la conciencia quiere remorderme menos.

Confío en que usted sabrá entender lo que mejor no le digo, porque mejor no sabría. Pesaroso estoy ahora de haber equivocado mi camino, pero ya ni pido perdón en esta vida. ¿Para qué? Tal vez sea mejor que hagan conmigo lo que está dispuesto, porque es más que probable que si no lo hicieran volviera a las andadas. No quiero pedir el indulto, porque es demasiado lo malo que la vida me enseñó y mucha mi flaqueza para resistir al instinto. Hágase lo que está escrito en el libro de los Cielos.

Reciba, señor don Joaquín, con este paquete de papel escrito, mi disculpa por haberme dirigido a usted, y acoja este ruego de perdón que le envía, como si fuera el mismo don Jesús, su humilde servidor.

Pascual Duarte

Cárcel de Badajoz, 15 de febrero de 1937.

4. Traducir un fragmento de *La familia de Pascual Duarte* de Camilo José Cela:

Muy señor mío:

Acuso recibo de su atenta particular del 18 de diciembre, deseando que al presente se encuentre usted gozoso de tan buena salud como en la fecha citada. Yo, bien —a Dios gracias, sean dadas—, aunque más tieso que un palo en este clima que no es ni para desearle al más grande criminal. Y paso a informarle de lo que me pide, ya que no veo haya motivo alguno del servicio que me lo impida, ya que de haberlo usted me habría de dispensar, pero yo no podría decir ni una palabra. Del tal Pascual Duarte de que me habla ya lo creo que me recuerdo, pues fue el preso más célebre que tuvimos que guardar en mucho tiempo; de la salud de su cabeza no daría yo fe aunque me ofreciesen Eldorado, porque tales cosas hacía que a las claras atestiguaba su enfermedad. Antes de que confesase ninguna vez, todo fue bien; pero en cuanto que lo hizo la primera se conoce que le entraron escrúpulos y remordimientos y quiso purgarlos con la penitencia; el caso es que los lunes, porque si había muerto su madre, y los martes, porque si martes había sido el día que matara al señor conde de Torremejía, y los miércoles, porque si había muerto no sé quién, el caso es que el desgraciado se pasaba las medias

Практический курс перевода II-го иностранного языка (испанский)

semanas voluntariamente sin probar bocado, que tan presto se le hubieron de ir las carnes que para mí que al verdugo no demasiado trabajo debiera costarle el hacer que los dos tornillos llegaran a encontrarse en el medio del gaznate. El muy desgraciado se pasaba los días escribiendo, como poseído de la fiebre, y como no molestaba y además el director era de tierno corazón y nos tenía ordenado le aprovisionásemos de lo que fuese necesitando para seguir escribiendo, el hombre se confiaba y no cejaba ni un instante. En una ocasión me llamó, me enseñó una carta dentro de un sobre abierto (para que la lea usted, si quiere, me dijo) dirigido a don Joaquín Barrera López, en Mérida, y me dijo en un tono que nunca llegué a saber si fuera de súplica o de mandato:

-Cuando me lleven, coge usted esta carta, arregla un poco este montón de papeles, y se lo da todo a este señor. ¿Me entiende?

Y añadía después, mirándome a los ojos y poniendo tal misterio en su mirar que me sobrecogía:

-¡Dios se lo habrá de premiar..., porque yo así se lo pediré!

Yo le obedecí, porque no vi mal en ello, y porque he sido siempre respetuoso con las voluntades de los muertos.

En cuanto a su muerte, sólo he de decirle que fue completamente corriente y desgraciada y que aunque al principio se sintiera flamenco y soltase delante de todo el mundo un *iHágase la voluntad del Señor.*; que nos dejó como anonadados, pronto se olvidó de mantener la compostura. A la vista del patíbulo se desmayó y cuando volvió en sí, tales voces daba de que no quería morir y de que lo que hacían con él no había derecho, que hubo de ser llevado a rastras hasta el banquillo. Allí besó por última vez un crucifijo que le mostró el padre Santiago, que era el capellán de la cárcel y mismamente un santo, y terminó sus días escupiendo y pataleando, sin cuidado ninguno de los circunstantes y de la manera más ruin y más baja que un hombre puede terminar; demostrando a todos su miedo a la muerte.

Le ruego que si le es posible me envíe dos libros, en vez de uno, cuando estén impresos. El otro es para el teniente de la línea que me indica que le abonará el importe a reembolso, si es que a usted le parece bien.

Deseando haberle complacido, le saluda atentamente s. s. s. q.
e. s. m.,

Cesáreo Martín

Tardé en recibir su carta y ése es el motivo de que haya tanta diferencia entre las fechas de las dos. Me fue remitida desde

Badajoz y la recibí en ésta el 10, sábado, o sea antes de ayer. Vale.

Qué más podría yo añadir a lo dicho por estos señores?

Madrid, enero de 1942.

5. Traducir un fragmento de *El coronel no tiene quien le escriba* de Gabriel García Márquez:

El coronel destapó el tarro del café y comprobó que no había más de una cucharadita. Retiró la olla del fogón, vertió la mitad del agua en el piso de tierra, y con un cuchillo raspó el interior del tarro sobre la olla hasta cuando se desprendieron las últimas raspaduras del polvo de café revueltas con óxido de lata.

Mientras esperaba a que hirviera la infusión, sentado junto a la hornilla de barro cocido en una actitud de confiada e inocente expectativa, el coronel experimentó la sensación de que nacían hongos y lirios venenosos en sus tripas. Era octubre. Una mañana difícil de sortear, aun para un hombre como él que había sobrevivido a tantas mañanas como ésa. Durante cincuenta y seis años -desde cuando terminó la última guerra civil- el coronel no había hecho nada distinto de esperar. Octubre era una de las pocas cosas que llegaban.

Su esposa levantó el mosquitero cuando lo vio entrar al dormitorio con el café. Esa noche había sufrido una crisis de asma y ahora atravesaba por un estado de sopor. Pero se incorporó para recibir la taza.

-Y tú -dijo.

-Ya tomé -mintió el coronel-. Todavía quedaba una cucharada grande.

En ese momento empezaron los dobles. El coronel se había olvidado del entierro. Mientras su esposa tomaba el café, descolgó la hamaca en un extremo y la enrolló en el otro, detrás de la puerta. La mujer pensó en el muerto.

-Nació en 1922 -dijo-. Exactamente un mes después de nuestro hijo. El siete de abril.

Siguió sorbiendo el café en las pausas de su respiración pedregosa. Era una mujer construida apenas en cartílagos blancos sobre una espina dorsal arqueada e inflexible. Los trastornos respiratorios la obligaban a preguntar afirmando. Cuando terminó el café todavía estaba pensando en el muerto.

Debe ser horrible estar enterrado en octubre», dijo. Pero su marido no le puso atención. Abrió la ventana. Octubre se había instalado en el patio. Contemplando la vegetación que reventaba en verdes intensos, las minúsculas tiendas de las lombrices en el

barro, el coronel volvió a sentir el mes aciago en los intestinos.

-Tengo los huesos húmedos -dijo.

-Es el invierno -replicó la mujer-. Desde que empezó a llover te estoy diciendo que duermas con las medias puestas.

-Hace una semana que estoy durmiendo con ellas.

Llovía despacio pero sin pausas. El coronel habría preferido envolverse en una manta de lana y meterse otra vez en la hamaca. Pero la insistencia de los bronces rotos le recordó el entierro. «Es octubre», murmuró, y caminó hacia el centro del cuarto. Sólo entonces se acordó del gallo amarrado a la pata de la cama. Era un gallo de pelea.

Después de llevar la taza a la cocina dio cuerda en la sala a un reloj de péndulo montado en un marco de madera labrada. A diferencia del dormitorio, demasiado estrecho para la respiración de una asmática, la sala era amplia, con cuatro mecedoras de fibra en torno a una mesita con un tapete y un gato de yeso. En la pared opuesta a la del reloj, el cuadro de una mujer entre tules rodeada de amorines en una barca cargada de rosas.

6. Traducir un fragmento de *El coronel no tiene quien le escriba* de Gabriel García Márquez:

El coronel guardó silencio hasta cuando su esposa hizo una pausa para preguntarle si estaba despierto. Él respondió que sí. La mujer continuó en un tono liso, fluyente, implacable.

-Todo el mundo ganará con el gallo, menos nosotros. Somos los únicos que no tenemos ni un centavo para apostar.

-El dueño del gallo tiene derecho a un veinte por ciento.

-También tenías derecho a que te dieran un puesto cuando te ponían a romperte el cuero en las elecciones -replicó la mujer-. También tenías derecho a tu pensión de veterano después de exponer el pellejo en la guerra civil. Ahora todo el mundo tiene su vida asegurada y tú estás muerto de hambre, completamente solo.

-No estoy solo -dijo el coronel.

Trató de explicar algo pero lo venció el sueño. Ella siguió hablando sordamente hasta cuando se dio cuenta de que su esposo dormía. Entonces salió del mosquitero y se paseó por la sala en tinieblas. Allí siguió hablando. El coronel la llamó en la madrugada. Ella apareció en la puerta, espectral, iluminada desde abajo por la lámpara casi extinguida. La apagó antes de entrar al mosquitero. Pero siguió hablando.

Практический курс перевода II-го иностранного языка (испанский)

-Vamos a hacer una cosa -.la interrumpió el coronel.

-Lo único que se puede hacer es vender el gallo -dijo la mujer.

-También se puede vender el reloj.

-No lo compran.

-Mañana trataré de que Álvaro me dé los cuarenta pesos.

-No te los da.

-Entonces se vende el cuadro.

Cuando la mujer volvió a hablar estaba otra vez fuera del mosquitero. El coronel percibió su respiración impregnada de hierbas medicinales.

-No lo compran -dijo.

Ya veremos -dijo el coronel suavemente, sin un rastro de alteración en la voz-. Ahora duérmete. Si mañana no se puede vender nada, se pensará en otra cosa.

Trató de tener los ojos abiertos, pero lo quebrantó el sueño. Cayó hasta el fondo de una sustancia sin tiempo y sin espacio, donde las palabras de su mujer tenían un significado diferente. Pero un instante después se sintió sacudido por el hombro.

-Contéstame.

El coronel no supo si había oído esa palabra antes o después del sueño. Estaba amaneciendo. La ventana se recortaba en la claridad verde del domingo. Pensó que tenía fiebre. Le ardían los ojos y tuvo que hacer un gran esfuerzo para recobrar la lucidez.

-Qué se puede hacer si no se puede vender nada -repitió la mujer.

-Entonces ya será veinte de enero -dijo el coronel, perfectamente consciente-. El veinte por ciento lo pagan esa misma tarde.

-Si el gallo gana -dijo la mujer-. Pero si pierde. No se te ha ocurrido que el gallo pueda perder.

-Es un gallo que no puede perder.

-Pero suponte que pierda.

-Todavía faltan cuarenta y cinco días para empezar a pensar en eso -dijo el coronel.

La mujer se desesperó.

«Y mientras tanto qué comemos», preguntó, y agarró al coronel por el cuello de franela. Lo sacudió con energía.

-Dime, qué comemos.

El coronel necesitó setenta y cinco años -los setenta y cinco años de su vida, minuto a minuto- para llegar a ese instante. Se sintió puro, explícito, invencible, en el momento de responder:

-Mierda.

París, enero de 1957

7. Traducir un fragmento de *Misterioso asesinato en casa de Cervantes* de Juan Eslava Galán:

Viernes primero de agosto, pasada la hora de las grandes calores, cuando el sol declina y las sombras se alargan, un joven caballero de gentil talle descabalgó en el patio empedrado de la venta de Palomares, a una legua de Valladolid.

Avisado por un zagalejo, salió el ventero y, advirtiendo por el atuendo y la calidad de la montura que el viajero era persona principal, aunque no se acompañara de criados ni mucho equipaje, le dispensó las zalemas y reverencias que los de su oficio usan con los huéspedes pudientes.

—Pasad, caballero, y mandad lo que gustéis, que en esta casa hallaréis de todo.

—Un aposento que no haya de compartir con nadie —solicitó el caballero.

—Tenemos un cuarto arriba donde vuestra merced se encontrará como en la gloria, sin molestia alguna —dijo el ventero—. El daño está en que es de dos camas y de aquí a la noche otro huésped podría demandar la vacante.

—Yo pagaré las dos de buena gana con tal de que nadie ronque a mi lado —contestó el caballero—. Poned sábanas limpias y subidme agua con la que refrescarme. Y ahora mostradme el camino de las cuadras y acomodaré al caballo.

—Eso puede hacerlo mi zagal —ofreció el ventero.

—Yo sabré hacerlo sin ayuda —objetó el caballero—. Que el zagal traiga un cuartillo de cebada y mirad que no esté vana ni tomada de la roya.

El ventero advirtió que el caballero era más avisado de lo que su poca edad prometía, pues se guardaba de los latrocinios que en las ventas comúnmente se cometen cuando quitan al animal la cebada, en cuanto el amo traspone, y le dejan solo la paja y las granzas.

Apiensado el caballo, el caballero subió a su cuarto, donde ya la ventera le había prevenido una jofaina de agua fresca del pozo con la que, despojándose del jubón, se refrescó el rostro y el cuello. Puesta la jofaina en el suelo, se sentó en la cama e introdujo en el agua los pies que traía recocidos de las botas. En ello estaba cuando regresó la ventera trayéndole un pañizuelo para que se secara y quedó prendada de los pies blancos y delicados del caballero, que más le

parecieron de doncella.

Había en la posada mucho trajín de arrieros, por lo que el caballero se hizo servir la cena en su aposento. Una criadita joven le subió una escudilla con más repollo que carnero, que le supo a manjar por los buenos apetitos que la jornada le había despertado, y una jarrilla de aguamiel de la que apenas probó unos sorbos.

Levantado el servicio, el caballero corrió el cerrojo de la puerta, cerró el postigo del ventanuco que daba al campo, dejando tan solo una rayita de luz de luna sobre la tablazón del suelo, acomodó su faltriquera debajo de la almohada y, despojándose de la ropa hasta quedar en paños menores, se echó a dormir sin que a su cansancio importunaran la dureza del colchón de borra, el apresto de las sábanas, la serenata de las chicharras ni las risotadas de los arrieros que en el patio tomaban el fresco entre tientos de frasca, canturreos de borracho y las bromas soeces que entre la gente baja se usan.

8. Traducir un fragmento de *Misterioso asesinato en casa de Cervantes* de Juan Eslava Galán:

El duque de Lerma estaba sentado detrás de un enorme escritorio con tapa de mármol ricamente taraceado que soportaba una montaña de legajos y papeles. Detrás de él doña Dorotea reconoció un gran retrato ecuestre del duque sobre su famoso caballo blanco, que pasaba por ser el mejor corcel de la cristiandad.

Lerma se levantó caballerosamente y acudió a recibir a la visitante, cuya mano besó.

—Os agradezco, señora, la deferencia al haber venido a saludarme. Sentaos, os lo ruego.

Doña Dorotea tomó asiento en la silla que le indicaba el duque, junto al gran ventanal emplomado que daba a las alamedas del río y a las huertas. Él se sentó, con gran sencillez y familiaridad, en el cojín corrido que tapizaba el poyete de la ventana. No se le veía bien el rostro a contraluz, pero doña Dorotea notó que era un hombre atractivo, de buen talle y gallardo a sus sesenta años, con esa majestad que emana el poder, los ojos grises e indagadores, orlados de ojeras cárdenas, el pelo muy corto, gris y canoso, los mostachos rubios y enhiestos, la perilla cuidadosamente recortada.

—Señora —dijo Lerma—. Don Juan de Velasco me ha elogiado mucho vuestras prendas y cómo habéis trabajado por restablecer la justicia en el caso de la injusta prisión de don Miguel de Cervantes. Estoy también enterado de vuestro buen oficio en la recuperación de ciertos papeles que eran muy cumplideros para la Corona, por

lo que os expreso mi agradecimiento y el del rey nuestro señor. Don Juan me ha encomiado vuestra discreción y la conveniencia de ofreceros un empleo en la corte al servicio de los reyes si os place y no os lo impiden compromisos mayores. No tenéis que decidirlo ahora. Pensáoslo el tiempo que estiméis necesario y envid vuestra resolución a don Juan. No os detengo más, señora. Os agradezco vuestra visita y os quedo muy obligado por ella.

Miró el duque a la dueña doña María, que había permanecido junto a la puerta, y ella acudió diligente a acompañar a doña Dorotea hasta la salida. El duque regresó a su escritorio y pareció concentrarse en sus papeles, pero antes de que las mujeres abandonaran la estancia preguntó:

—Doña Dorotea, ¿por ventura sabéis si don Miguel sacará a la luz nuevas aventuras de don Quijote?

Doña Dorotea se volvió, sorprendida. Lerma sonreía.

—Excelencia —respondió la dama—, creo que está barruntando nuevas aventuras y que si encuentra el sosiego necesario las escribirá.

—Confíemos en que así sea —asintió Lerma—. Id con Dios.

Salieron a la antesala de los secretarios y atravesaron la sala de los pasos perdidos donde los solicitantes aguardaban. Doña María acompañó a doña Dorotea hasta la salida del palacio, donde la esperaba la carroza. La despidió con un beso en la mejilla.

—El cochero os llevará a donde le indiquéis.

Cruzaron el puente. Los lisiados extendían la mano a los transeúntes. Niños mendigos, descalzos y casi desnudos, corrían tras la carroza gritando:

9. Traducir un fragmento de *Las lágrimas de San Lorenzo* de Julio Llamazares:

El verano empezaba cuando llegaban los veraneantes. No el 21 de junio, que es cuando dice el horóscopo, ni siquiera la noche de San Juan, la más corta y misteriosa del solsticio, cuando la gente se sanjuanea sumergiéndose en las aguas de los ríos y las fuentes, prendiendo y saltando hogueras o buscando al amanecer el trébol de cuatro hojas, ese que da buena suerte, sino cuando llegaban los afortunados que podían permitirse el lujo de descansar los meses de más calor, al contrario que el resto de la gente.

Yo, en cierto modo, era uno de ellos. Aunque descendía del pueblo, vivía lejos de él y mis abuelos ya eran mayores, por lo que habían dejado de trabajar. A falta de algún hijo que se hiciera cargo

de ellas, habían arrendado las fincas al llegar a la jubilación. Por lo que yo no tenía nada que hacer en todo el verano, cuando llegaba desde Bilbao para pasar con ellos las vacaciones, al revés que mis amigos, que tenían que ayudar a sus familias en las distintas labores de la labranza. Que eran muchas todavía en aquel tiempo. Con una mecanización incipiente aún, la agricultura en aquellos pueblos era todavía manual, lo que obligaba a un enorme esfuerzo a todos los campesinos; sobre todo en el verano, que era cuando trabajaban más. A la recolección de la hierba y del cereal, que se realizaba en el mes de julio, se unían otras faenas, como la trilla, que se prolongaban durante todo agosto, incluso parte de septiembre —el año que venía retrasado—, y que exigían el concurso de todas las personas en condiciones de trabajar. Ni siquiera los niños eran liberados de ellas, aunque sus faenas fueran las menos penosas, tales como cuidar del ganado o llevarles a sus padres la comida al mediodía hasta el lugar en el que estuvieran.

Yo, ya digo, estaba libre de ello. Como en mi casa no había labranza (tan sólo el huerto que mis abuelos cultivaban por entretenerse), yo no tenía nada que hacer en todo el verano, como no fuera estudiar las asignaturas que hubiese suspendido en aquel curso. Que fueron pocas, que ahora recuerde. Así que disponía de todo el tiempo del mundo, al revés que mis amigos, que tenían que trabajar. Fuera por aburrimiento o por solidaridad con ellos, lo cierto es, no obstante lo dicho, que la mayor parte del verano la pasaba ayudándoles. Me sentía mejor en su compañía que con los hijos de los veraneantes. Pertenecientes a clases muy diferentes, nuestras vidas apenas se cruzaban, salvo en las fiestas y en la lejanía. Ellos eran las cigarras y nosotros las hormigas de la fábula, aunque, ya digo, yo hubiera podido ser las dos cosas.

Además, los chicos del pueblo eran más entretenidos. Sabían cosas que yo desconocía a pesar de estar estudiando. Por ejemplo: los nombres de los pájaros que surcaban el cielo continuamente sobre nosotros y los de los árboles en los que hacían sus nidos. Y, también, costumbres y tradiciones que en la ciudad habían desaparecido hacía ya mucho tiempo.

10. Traducir un fragmento de *Las lágrimas de San Lorenzo* de Julio Llamazares:

Por eso me sorprende que mi tío continúe donde siempre. Y que continúe mirándome como en la fotografía que presidió el salón de su casa mientras su familia lo siguió buscando: de perfil y con

la expresión muy seria. Porque, aunque yo he buscado su estrella a veces (esa estrella que ahora veo brillar igual que cuando era niño), el tiempo me hizo olvidarme de ella, lo mismo que de las de los demás. Ni siquiera la de mi padre he conseguido que perviviera, puesto que también me olvidé de él poco a poco. Entonces ¿por qué la estrella de mi tío Pedro, ese del que nunca se supo si murió y en qué circunstancias, continúa brillando como la primera noche, aquella en la que yo la elegí entre todas las que brillaban sobre mi cabeza?

Lo ignoro, pero lo intuyo. Y más ahora, que las estrellas han dejado de volar de un sitio a otro para convertirse en copos como aquellos que caían en Uppsala sobre la ciudad desierta y sobre mis propios ojos insomnes. Como en aquellas noches y en las que viví de niño (éstas desde la ventanilla del tren que me llevaba por la cordillera en busca de aquel pueblo imaginario en el que las nevadas duraban también semanas), caen con gran intensidad, pero también con gran lentitud. Tardan, de hecho, en llegar al suelo y, cuando lo consiguen, lo hacen sin ningún sonido. Pero enseguida cubren la tierra. Como en la Navidad del norte, uno tras otro los copos van cubriendo las colinas de esta isla cuya memoria de la nieve prácticamente no existe, a excepción de la de las flores de los almendros de Santa Inés y de San Mateo y de la imaginaria de sus salinas. Por eso destaca aún más esta capa blanca que la cubre ya por completo, incluidos mi hijo y yo, convertidos en dos bultos bajo ella lo mismo que nuestro coche y que los pinos y los olivos que nos rodean, y por eso su reflejo ilumina las colinas y los barcos, esos que pescan en la lejanía y en los que los marineros deben de estar mirándola, pues son los únicos que siguen en pie a esta hora.

Y que lo estarán hasta el amanecer. Sólo entonces, cuando el sol salga de nuevo e ilumine con sus rayos esta nieve que cubre toda la isla de costa a costa, los ibicencos y los turistas despertarán y descubrirán que, mientras dormían, el tiempo se ha disparado y el mundo se ha dado la vuelta. Y, también, que las estrellas, esas estrellas que algunos vieron al ir y volver de las discotecas o se quedaron mirando durante horas hasta que se cansaron de verlas y lo dejaron, siguen brillando en el cielo convertidas en lágrimas de sal.

¿No serán ésas sus lágrimas, las lágrimas de la humanidad?

11. Traducir un fragmento de *Las ninfas* de Francisco Umbral:

(La habitación era cuadrada, o rectangular, u oblonga, o quizás fuese oblongamente rectangular, oblongamente cuadrada,

rectangularmente ovalada, elípticamente cuadrada, no sé, quién sabe. La habitación, quizás, era cada día de una forma. Cada tarde, cada noche, cuando la lluvia azul de sus paredes descendía como un lento desangramiento atardecido, como una humedad del tiempo más que del aire, como un llanto de las cenefas o una respiración de los espejos.

La habitación tenía una atmósfera azul, en todo caso, pero bien sabíamos que el revés de aquel azul era un sepia, un sepia quemado, un sepia de recuerdo, magnesio y olvido. Digamos que la voluntad de la habitación era azul, que la habitación tenía una voluntad de azul, o una voluntad azul, más sencillamente, pero de vez en cuando quedaba traicionada por el sepia, le salían del fondo de los armarios y de los cajones, y de debajo de las mesas y de las alfombras, y por detrás de los espejos y de los cuadros y de las fotografías, unos rebordes sepia, unas cenefas, unos zócalos tristes. Como una mujer que se viste de azul y de pronto sonrío y le vemos un diente de metal. El azul era nuestra fe en la vida y el sepia era la verdad de la vida, el color triste y antiguo que se iría comiendo los azules, el fuego tibio y soso que va empalideciendo las cosas, pero todavía éramos lo suficientemente jóvenes como para no ver o no querer ver el sepia, como para dejar que nuestras almas -barbos líricos- nadasen en las aguas azules de la habitación azul. Tenía, sí, la habitación, retratos solemnes, espejos con vida, muebles reverentes, mesas autoritarias, todo del color hondo de la madera con memoria, pero todo bañado en el añil ideal, voluntario y mojado de aquellos días. Hasta que por cualquier resquicio asomaba el sepia triste, un sepia de ratas, olvidos, pobreza o pasado.

En el azul de la estancia podían brillar las platas espesas de la cúbertería o cobertería, que ya entonces tenía yo la duda de esta palabra, y nunca he tratado de resolverla, sino que lo he evitado, porque así tengo dos palabras, dos sugerencias, dos sonidos. Los dos sonidos, los muchos sonidos que tenía aquella plata de los domingos, de las comidas, de los velatorios, de las grandes y las pequeñas fechas de la familia. En el azul de la estancia (y hablo de la estancia porque es importante) podían lucir los oros mate de las molduras, por ejemplo, aquel marco denso y excesivo que le habíamos puesto, que le habían puesto a una lámina de La Gioconda, a una reproducción mediocre de La Gioconda, y que hace que, desde entonces, La Gioconda tenga para mí una pobreza y un convencionalismo de interior pequeñoburgués, y que su sonrisa me haya parecido siempre la sonrisa ignorante y aldeana de una moza endomingada y

antigua, sin mayor secreto, enigma ni interés.

Pero viejos ebanistas al servicio de la familia habían forjado aquel cuadro a mayor gloria de tan alta dama, y el más joven y pretencioso de los ebanistas, el de pelo más negro y rizado, sin duda se sintió un poco leonardesco trabajando para Leonardo, haciéndole un marco de voluta y purpurina a aquella reproducción de tercera mano, a aquella lámina con los colores cambiados y los fondos perdidos. La Gioconda era como la sonrisa renacentista de la libertad en nuestro cuarto de imaginar libertades, pero a mí nunca me dijo nada. A mí La Gioconda me daba igual, y me sigue dando.

En cuanto a los antepasados de los grandes retratos y las grandes fotografías, eran para mí tan antiguos como *La Gioconda*, y me quedaban igual de indiferentes y convencionales, una imposición de los mayores, algo que había que ignorar, porque estaban perdidos también en la floresta antigua de la familia, de la historia.

12. Traducir un fragmento de *Las ninfas* de Francisco Umbral:

Nada de lo que pudiese decir me afectaba, me interesaba. Era como ese viajero que, de paso en una estación, compra el periódico local y comprende en seguida que no le interesan nada las noticias del lugar, todas aquellas cosas que desconoce. Deja el periódico. Lo ha comprado por inercia. Quizá éste era el yo nuevo que estaba empezando a cuajar ya en mi superficie, como una nata. Pero debajo estaba el yo de años, de siglos. Miré la hermosa cabecera del periódico, sus letras góticas, fuertes, que me habían fascinado de niño como árboles o como guerreros, como el más hermoso dibujo de toda mi infancia, gustado incluso antes de saber leer.

Recordé la noche que había entrado en la sala de máquinas del periódico, con Darío. Qué emoción de selva industrial y literaria, qué impresión de pagoda sagrada del periodismo. Pero no me había sido tan fácil como a Darío escribir en aquel periódico, o hacer que mi nombre brillase en él. Sólo una vez me habían citado, en aquella gacetilla sobre la reunión semanal de la Casa de Quevedo, y con el nombre equivocado. Aquello me había parecido una consagración, pero nadie me habló nunca de ello, e incluso yo mismo lo olvidé pronto. Dejé el periódico a un lado, como para abandonarlo, pero luego tuve el movimiento sentimental de doblarlo en cuatro y metérmelo en el bolso de la chaqueta. Para leerlo en el viaje, me dije mentalmente, por justificarme a mí mismo el gesto.

El sol del otoño, muy claro a aquella hora de la mañana,

hacía brillar los raíles y ponía fantasías de luz en el humo de las locomotoras. Tornaba alegre la vieja estación de hierro y ladrillo. Yo no sabía, en rigor, por qué me iba ni adónde iba. Creo que tuve, incluso, ese momento de volver, de escapar corriendo hacia casa o hacia la oficina. Miré el gran reloj de la cantina. Demasiado tarde, ya, para entrar a trabajar. Empecé involuntariamente a forjar una disculpa ante el jefe. El reloj intemporal de los mármoles me marcaba ahora el tiempo implacable de la tardanza. Estarían ya preguntándose por mí. No, era mejor volver a casa, decir que me había sentido mal por el camino de la oficina y que avisasen de mi enfermedad. Todo fácil, todo resuelto. En realidad, no había tomado aún ninguna decisión trascendental. Ya trataría luego de recuperar el dinero del billete, que tanto me había costado reunir. O lo daría por perdido.

Qué tonterías, dije casi en voz alta. Pero hay siempre en la vida y en los viajes ese cruce de trenes en que uno no sabe adónde va ni por qué se va. Es preciso volver a razonarlo todo mentalmente, pero se hace esto sin convencimiento. Claro que, del mismo modo que no hay razones para irse, tampoco las hay ya para quedarse. Y es cuando uno se va. Pagué el café y me puse en pie, saliendo de la cantina, al andén, donde la brisa de la mañana me estremeció un momento, y el sol me cegó. Todavía buscaba involuntariamente, con la mirada, entre los obreros lejanos que se movían en torno a unos vagones, en vía muerta, la cabeza rubia de Miguel San Julián. Era un último y mudo grito de socorro al pasado. El andén se inquietaba con la inminencia del tren, que estaba al llegar, y cuando vi la locomotora en el horizonte, me sentí más seguro, como la noche que había contemplado las máquinas del periódico, porque esta raza de acero y poder creada por el hombre no deja de contagiarnos su fuerza y su salud. Toqué el cartoncito del billete ferroviario en el bolsillo, porque, a punto de partir, un billete de tren se toca ya como un talismán. Una señora de pieles, sedas y lutos pasó delante de mí, tras el mozo de carretilla que le llevaba las maletas, y me dejó una estela de su perfume. El viejo, sabido e indeleble perfume de mi ciudad.

13. Traducir un fragmento de *Museo de cera* de Jorge Edwards:

La verdad es que el Marqués de Villa Rica fue un enigma siempre, antes y después de la crisis, y sigue siéndolo ahora, después de su desaparición, o de lo que podríamos llamar, en términos más apropiados, su metamorfosis última. Porque el Marqués, con

sus títulos, con su mansión principesca, con sus fabulosas colecciones y sus coches de cuatro caballos, e incluso con su prestancia física y su educación europea, sus erres de entonación ligeramente exótica, sus bromas llenas de alusiones oscuras, desentonaba en nuestro pequeño mundo. Por eso, quizás, sólo fuimos capaces de verlo en su condición de leyenda viviente. Y de pronto asistimos, estupefactos, a su desplazamiento, provocado por el incidente del pianista, y más tarde a su desintegración, a su transformación en astillas, en humo, devorado por una mediocridad que necesitaba restablecer el orden natural de las cosas.

De modo que algunos se preguntan, hoy día, y la pregunta no resulta del todo extemporánea, si existió en alguna época el Marqués de Villa Rica. Llegamos hasta el extremo de dudar del testimonio de nuestra memoria, como si esa parcela del pasado, el Marqués en su escenario, entre harapos y esplendores de una calidad sospechosa, no hubiera sido más que un sueño, un sueño colectivo y contradictorio, que en alguno de sus episodios tomaba los caracteres de la pesadilla.

Tropezamos, sin embargo, a cada paso, con vestigios de su época, como la persona que abre los ojos y encuentra al lado de su cama los objetos que ocupaban su sueño de hace pocos instantes, objetos anacrónicos, una máscara de raso negro y mango nacarado, un abanico, una peluca empolvada, mientras escucha los cascos de los caballos y los muelles del coche que se alejan por una callejuela de adoquines, elementos que le permitirían concluir que no soñaba, o comprender, por el contrario, que el sueño continúa, que vive sumergido en un sueño, sin posibilidad alguna de aferrarse a un fragmento de realidad sólida.

Mucho antes de la fecha en que se supone que el Marqués conoció a Gertrudis Velasco, la crisis, que después se volvería endémica, ya se había manifestado a todo lo largo y lo ancho del país. Los cesantes dormían en los bancos de las plazas, en los portales de las iglesias, debajo del puente, o en galpones miserables, de madera en bruto y latón, que el gobierno había bautizado con el nombre pomposo de albergues populares, porque ya se manifestaba entonces la manía oficial de recubrir la desnudez con palabras altisonantes, y que los concesionarios, que habían obtenido el cargo gracias al favor político, exprimían como limones, poniendo agua en la sopa común o comprando partidas de porotos taladradas por el gusano.

Los obreros de las minas habían bajado con sus mujeres y sus niños, dejando los campamentos convertidos en ciudades fantasmas, carcomidas por la sal del desierto, y andaban sueltos por los

campos, en caravanas desharrapadas, famélicas, o formaban nubes de limosneros en las cuadrículas del casco antiguo. La desesperación, a veces los impulsaba a hurtar un mendrugo de pan, o a hurgar en el fondo de los tarros de basura que se colocaban, a medianoche, fuera de los portones y de las guarniciones de hierro forjado de las casas de los ricos.

14. Traducir un fragmento de *Museo de cera* de Jorge Edwards:

“Es que no me atrevo”, dijo. “Celebro su franqueza”, sentenció la Cocinera.

“Sigue vigilando”, dijo el Marqués, “y ya veremos lo que se hace”.

Ahora bien, dado que las cataratas le impedían espiar con la precisión indispensable, la Cocinera tuvo que pedirle ayuda al hijo del jardinero, un muchachón llamado Matías, de grandes ojazos, manos y pies descomunales, y que siempre estaba parado en el fondo del parque, junto a la glorieta de la banda de música, contemplando el espectáculo del universo: magnolias y abejorros, árboles de flores lilas y pájaros de pecho blanco y rojo, nubarrones que derivaban hacia el Noreste, soltando goterones de lluvia, con la boca enteramente abierta.

“Dime”, le preguntó a Matías en la tarde siguiente, cuando el Marqués había partido al Club y ellos se habían instalado en su puesto de observación debajo de la ventana, ocultos por las cortinas y por la sombra de los frondosos arbustos, “¿en qué están la señora y el profesor? ¿Por qué paró la música?”

“A ver”, dijo Matías, empinándose.

“¿Qué hacen?”, insistió la Cocinera, sintiendo que la intuición no podía engañarla: “¡Dime, cabro leso!”

Matías empezó a sonreír, y su boca pareció abrirse más de lo acostumbrado.

“¡Habla!”, ordenó la Cocinera, morada de furia, y con las uñas listas para pellizcarlo hasta sacarle sangre.

“El profesor le está agarrando las tetas”, dijo Matías.

“¡Ah!”, exclamó la Cocinera, con expresión de triunfo: “¡Ahora sí queno se me escapa!”

Corrió a la cocina y escribió un mensaje en un papel que tenía el escudo de armas de la casa. Después se supo que Matías había partido al trote en dirección al Club, dando largas zancadas, con el papel de la Cocinera apretado en una manaza de hierro y con una

expresión enteramente estólida, como si su rostro huesudo estuviera concentrado en la tarea de cercenar el aire.

“Es un colaborador magnífico”, murmuró la Cocinera, satisfecha, viendo la forma corpulenta y borrosa que se perdía detrás de las ramas colgantes, salpicadas de corolas amarillas, de una hilera de árboles del trópico. Mojó el lápiz en la punta de la lengua y anotó algo en su libreta.

“Tengo que volver a casa”, dijo el Marqués, doblando el papel con un desacostumbrado temblor en las manos. “y tú, ¡ándate!”, agregó.

“¿No quiere que lo acompañe?”, preguntó Matías, recordando que la Cocinera había insistido en que lo llevara a casa sin perder un segundo.

“¡No!”, vociferó el Marqués, con tanta fuerza, que un coronel de ejército que estaba en la mesa vecina lo miró de reojo, asombrado. El Marqués entregó sus fichas, dijo que le anotaran su deuda, y se puso de pie con cierto trabajo. Serafín tuvo la extraña impresión de que la lectura de ese papel le había echado años encima.

“¿Tan temprano?”, preguntó.

“Parece que hay novedades”, dijo el Marqués, y Serafín observó de reojo, por medio de una mirada lateral que lanzaba.